

Querida escritora:

Soy una estudiante siciliana de San Pellegrino, un pueblecito en las faldas del Etna. Está situado en medio de una preciosa y desafortunada isla que usted conoce bien y a la que yo amo, aunque llevo en la piel sus defectos como si fueran un montón de pulgas hambrientas.

Me llamo Clara. Esto no le diré nada, pero para mí significa mucho. Estoy siempre dándole vueltas a este nombre luminoso y cristalino, a este nombre que habla de transparencias melancólicas. El origen de la elección de mi nombre es simple y poco importante: mi madre es muy religiosa y quiso ponerme el nombre de Clara porque nació el día en que se conmemora a la santa, el 11 de agosto, que fue el día de su muerte, porque el día de su nacimiento no se sabe. Tampoco se sabe con exactitud si fue en 1193 o en 1194.

Qué aleatorias son las coincidencias. Si hubiera nacido el día de santa Genoveva, mi pobre madre ¿me habría llamado Genoveva? Yo a eso lo llamaría estupidez de calendario. La verdad es que mi padre quería llamarme como su madre, Josefina, y a mi madre ese nombre le daba ganas de vomitar. Para que no vomitase se pusieron de acuerdo en ponerme

el nombre de la santa del día, ¿Le parece una decisión con fundamento? Así que soy el fruto de un compromiso. ¡Pues vaya fruto! A mí los compromisos siempre me han parecido espadas afiladas.

Hace años que me pregunto quién soy, porque sinceramente no lo sé. Por eso he empezado por mi nombre, con la esperanza de que me ayude a comprender. Hace unos meses cogí un tren y me fui a Asís. Durante el viaje leí un librito sobre la santa que encontré en la biblioteca de mi pueblo. Yo no tengo dinero, como se habrá podido imaginar. Mi padre es aparejador y construyó unos horribles dúplex ilegales en una pendiente donde, cuando llueve, la tierra tiende a derrumbarse, y le pusieron una denuncia. Pero él no es el responsable. Construyó por cuenta de un señor, que llamarlo señor ya es pasarse, pero bueno, un tío que quería ahorrarse los gastos de un arquitecto que le habría obligado, además de a pagarle más, a llevar el proyecto al Ayuntamiento para obtener el permiso. Algo que nunca hizo. Y al final la culpa recayó sobre mi pobre y tímido padre.

Mi madre es semianalfabeta, una chica de pueblo que creyó hacer un gran negocio cuando se casó con un hombre humilde y bastante feo, hijo de campesinos pueblerinos, al que le costó mucho trabajo aprender a escribir dos líneas en un folio, hacer cuatro cuentas y manejar el yeso y los ladrillos. Aquel señor, gracias a quien pudimos sobrevivir durante años —hasta que condenaron a mi padre por construcción ilegal y le obligaron a pagar las multas antes de mandarlo cuatro meses a la cárcel—, tenía parcelas rústicas que, con la complicidad de un amigo asesor, convirtió en terrenos edificables. Construyó muchos dúplex ilegales, pero poco antes de que lo pillasen los vendió muy caros y se compró un enorme centro comercial. Luego también lo vendió y transfirió sus riquezas

a Rumanía, donde dirige una gran fábrica de muebles. La responsabilidad de la negligencia recayó sobre mi padre. Se llama Alfio, solo para que lo sepa. Es un buen padre, en el sentido de que aguanta y calla, me permitió continuar los estudios y no maltrata a su mujer, como hacen otros en el pueblo. Tiene los ojos azules, la mirada ingenua y siempre está triste. Lo quiero mucho.

La ciudad de Asís me dejó maravillada. Quizá porque la vi a través de los ojos del libro que estaba leyendo, o sea a través de las reconstrucciones virtuales de un historiador de la Edad Media. Callejuelas escarpadas, mulas y caballos que van de arriba abajo, palacetes con portones reforzados, casitas de madera y ladrillos, iglesias elegantes y gigantescas. Y, en cuanto las mulas se pusieron a golpear con sus veloces patas los adoquines de piedra, me pareció entrar en una película de Pasolini. Las calles adoquinadas ya no estaban lejos de mí, sino bajo mis pies; las torres solemnes y estrechas se alzaban ante mis ojos, las casas antiguas de paredes macizas estaban allí, porque pude apoyar una mano sobre ellas y sentí el rezumar de las piedras. Cuando oí que se abría una ventana sobre mi cabeza me aparté instintivamente, porque sabía que, en aquellas casas, incluso en las más ricas, no había retretes y la orina se recogía en orinales que una mano de sirvienta apresurada tiraba a la calle por la mañana. Había cloacas, me dije recordando un cuento de Boccaccio en el que Andreuccio de Perusa se cae dentro de un pozo; aunque no me suena que estuvieran dentro de los dormitorios los agujeros del alcantarillado. ¿Habría letrinas dentro de las casas? Me tengo que informar. También vi mulas cargadas de leña que subían, como en mi pueblo, por esas calles imposibles. Vi las tiendas de la Asís del siglo XIII, con sus famosos cántaros y pilas de telas bien dobladas.

Pero aquí me detengo porque no quiero aburrirla. Me gustaría que me contestase. Solo usted puede ayudarme a entender, porque yo no entiendo nada.

Con mucha confianza, Clara Mandalà.

Querida Clara:

Muy curiosa su carta. Ahora me toca a mí preguntarle, ¿qué quiere de mí? Me cuenta su historia con alegría e inteligencia, pero ¿adónde quiere llegar? No sé nada de santa Clara. Y probablemente no me interese saber nada. Explíqueme mejor la situación. Un saludo afectuoso, D. M.

Querida escritora:

Estoy tan contenta con su respuesta que me he puesto a bailar yo sola. Pensaba que me iba a ignorar. Le confieso, y si llegamos a conocernos sabrá que las ganas de decir la verdad siempre me llevan a estrellarme, que antes de dirigirme a usted me dirigí a otro escritor pidiéndole lo mismo. Ni siquiera me respondió. Y entonces, desde lo más profundo de mi memoria, me asaltaron las imágenes de una Palermo de adoquines sueltos que bajo las ruedas de los carros formaban un alboroto tranquilo y continuo, que acompañaba la vida de los ciudadanos durante todo el día y a veces también toda la noche. Me acordé de Mariana Ucria y pensé que a lo mejor me había equivocado de camino. La persona adecuada era usted. ¿Me podrá perdonar que no le escribiera a usted en primer lugar, y sí lo hiciera tras la ausencia de respuesta del otro famoso escritor de mi isla?

¿Qué quiero de usted? No es fácil de explicar. De todas formas, le juro que no quiero ni que me presente a un editor, ni un prólogo, ni un empujón hacia el mundo de la literatura. No tengo ninguna ambición literaria. Lo que

quiero es que me acompañe en este viaje dentro de la memoria, en busca de una mujer que no existe. Así me veo yo, invisible y sin nombre, aunque tenga un nombre, una dirección y también una familia sin suerte. Me estoy enamorando de la historia de Clara de Asís. El porqué no lo tengo claro y me gustaría que usted me ayudase a entenderlo. Sé que cuanto más la conozco, más extraordinaria me parece esta homónima mía. Para serle sincera, me gustaría que usted escribiera algo sobre la Clara de aquella época para ayudarme a entender a la Clara de hoy. ¿Le estoy pidiendo demasiado?

Querida Clara:

Es usted una criatura extraña. Me quiere enredar en un asunto que me interesa más bien poco. ¿Por qué no escribe usted la historia de santa Clara? Estoy segura de que lo haría muy bien. Un saludo afectuoso.

Querida escritora:

En una entrevista que le hicieron leí una cosa que me ha impresionado. Usted dice que los personajes vienen a buscarla. Llamen a su puerta, entran, se sientan y le cuentan su historia. Usted les ofrece un té, alguna vez acompañado de galletas de anís, según sus propias palabras. Escucha pacientemente la historia y después los acompaña a la puerta. Punto final. Estos personajes se van con sus historias y no los vuelve a ver. Pero luego añadió: cuando un personaje, después de beber el té y comerse alguna galleta, me pide también la cena y, después de la cena, me pide también una cama para dormir y, a la mañana siguiente, me pide el desayuno para seguir contándome su historia, comprendo que ha llegado el momento de empezar una nueva novela.